

TE QUIERO VERDE

ELAINE DUNDY

Traducción de

ISMAEL ATTRACHE

Introducción de

TERRY TEACHOUT

NEW YORK REVIEW BOOKS



New York



Título original: *The Dud Avocado*
Copyright © 1958, 2007 Elaine Dundy
Copyright © por la traducción, Ismael Attrache, 2010
Copyright © por la introducción, Terry Teachout, 2007

All rights reserved

Publicado con la autorización de *The New York Review of Books*

Primera edición en esta colección, julio de 2010

© Duomo ediciones, SL
Calle La Torre, 28 Bajos 1.ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

Grupo editorial Mauri Spagnol S.p.A
www.maurispagnol.it

Depósito Legal: B.21898-2010
ISBN: 978-84-92723195

Fotocomposición:
EdiDe, S.L. Casanova, 191. 08036 Barcelona (España)

Impresión:
Grafica Veneta s.p.a. di Trebaseleghe (PD)
Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

INTRODUCCIÓN

CIERTAS BUENAS NOVELAS están destinadas a ser perpetuamente redescubiertas, y me temo que *Te quiero verde*, de Elaine Dundy, es una de ellas. Al igual que *La hoja plegada*, de William Maxwell, o *Guardia de honor*, de James Gould Cozzens, resurge aproximadamente cada década, momento en el cual alguien escribe un ensayo sobre lo buena que es; otra persona reclama que la vuelvan a editar; poco después de eso, por lo general, vuelve a sumirse en las tinieblas. En una sociedad mejor regulada, no cabe duda de que los autores de esos libros gozarían de la estima que merecen, aunque en contadísimos casos uno de ellos consigue llegar al panteón (Dawn Powell, la suma sacerdotisa de los autores frecuentemente redescubiertos, fue incluida al fin en la Library of America en 2001). No obstante, por lo general, esos triunfos son tan escasos como una campaña política sincera.

Además, *Te quiero verde* presenta la desventaja de ser un libro divertido. A los estadounidenses les gusta la comedia pero no se fían de ella, hecho que queda demostrado todos los años en la entrega de los Oscars: da la impresión de que nuestro lema nacional lo componen los siguientes versos de lord Byron: «Entreguémonos hoy al vino y a las mujeres, al júbilo y a la risa / A los sermones y al agua de soda al día siguiente». Eso no implica que *Te quiero verde* no sea un libro muy serio, pero no nos sermonea, y lo que cuenta sobre la vida debe leerse entre chiste y chiste. Por eso Powell fue una desconocida durante tanto tiempo; nadie creía que una escritora tan divertida pudiera tener calidad, menos aún si

además era mujer. Es lo mismo que le ha sucedido a Elaine Dundy desde que publicó *Te quiero verde*, su primera novela, en 1958. No creo que sea una coincidencia que este libro nunca se haya descatálogo en Inglaterra. No soy anglófilo, pero no me duele reconocer que los británicos no suelen cometer este tipo de error. A diferencia de nosotros, tratan bien a los novelistas cómicos, quizá porque Shakespeare y Jane Austen les hicieron ver ya en fechas muy tempranas que (tal y como Constant Lambert observó en una ocasión al referirse a la deliciosa música de Chabrier) «la seriedad y la solemnidad no son lo mismo».

Te quiero verde ha vuelto a publicarse en Estados Unidos, y apuesto a que algún crítico joven e ingenuo la leerá por primera vez y escribirá un artículo en el que aseverará que Sally Jay Gorce, la adorable y atolondrada heroína de Elaine Dundy, es la antecesora espiritual de Bridget Jones. Ante lo cual yo digo... no digo nada. La verdad es que la buena de Bridget no me cae mal del todo, pero, para situar correctamente *Te quiero verde* en un contexto más amplio, no hay que fijarse en la literatura femenina posterior a la novela, sino retrotraerse a *Daisy Miller*. Sally es una Daisy corrompida, una inocente embajadora del Nuevo Mundo que cruza el Atlántico, pierde la virginidad, y acaba aprendiendo que la experiencia, aunque nunca es todo lo que soñamos de ella, resulta absolutamente inevitable; y que Europa, pese a sus costumbres sofisticadas, ya no es la guardiana de las esencias de la civilización occidental. Es posible que París sea «el juguete de los ricos, la herramienta de los artesanos, la angustia de los artistas y la mayor fábrica de champán del mundo», pero no hay que vivir allí para vivir de veras, y, después de conocer a varios de sus habitantes menos cordiales, Sally tiene una revelación en toda regla que no resulta menos creíble por aparecer en medio de una novela cómica:

«Están corrompidos, corrompidos», me repetía una y otra vez mientras recorría la habitación de arriba abajo. Era la primera vez que empleaba esa palabra para designar a personas que

conocía, y, de nuevo, la idea de que podía adoptar una postura moral –o más bien que no podía evitar adoptarla– me produjo la misma confusión que me había causado esa mañana.

No quiero dar a entender que *Te quiero verde* sea una novela pomposa, en absoluto. Fundamentalmente, es un libro que habla de la juventud, de una chica lista que se da cuenta de que el mundo está lleno de posibilidades, y en cada página encontramos el sello vertiginoso de esa libertad recién conquistada: «Muchas veces, cuando paseaba sola por las calles de París, he visto mi reflejo en algún escaparate mientras sonreía como una tonta al pensar que nadie en el mundo conocía mi paradero en ese momento». En la primera frase, Sally nos dice que «estábamos en uno de esos días de septiembre calurosos, tranquilos, optimistas», uno de esos días en los que debía estar pensando Ned Rorem, otro estadounidense joven y espabilado que estuvo en París en la década de 1950, cuando convirtió el poema *Al alba*, de Robert Hillyer, en una cancioncilla perfecta que expresa lo que se siente cuando se encuentra el amor en la rue François Premier: «Yo era un joven de veinte años / y me encontré en el Paraíso / cuando despuntaba el alba / de un hermoso día estival». Si lo lees sin soltar una carcajada, no tienes sentido del humor; y si lo lees sin derramar al menos una lágrima, no tienes recuerdos.

Te quiero verde obtuvo un recibimiento espléndido cuando fue publicado. «Me ha hecho reír, aullar y me ha producido una gran hilaridad (que, por cierto, sería un nombre estupendo para una hilerandera) –le escribió Groucho Marx en una carta de admirador–. Si tu vida ha sido así, no sé cómo diablos has sobrevivido.» Más o menos así había sido, y Groucho no sabía ni la mitad: en 1951, Dundy había tenido la mala suerte de casarse con Kenneth Tynan, un gran crítico teatral que resultó ser un rotundo fracaso como marido, y, aunque ella publicó otros libros estimables, no llegó a alcanzar la fama que debía haber alcanzado. Para empeorar las cosas, Dundy empezó a perder la vista poco después de escribir unas memorias alarmantemente sinceras con el alegre título de *Life*

Itself! [¡La vida misma!], en las que contaba su versión de la triste historia de su matrimonio. A esas alturas, *The Dud Avocado*, su mejor libro, ya había atravesado tres o cuatro ciclos de olvido y redescubrimiento. Es posible que esta nueva edición, largo tiempo esperada, le brinde la permanencia que tanto merece.

Incluso en el caso de que *Te quiero verde* esté condenado a seguir siendo una de esas novelas que entusiasman a unos pocos y que el resto desconoce, los escasos afortunados a quienes nos encanta no dejaremos de recomendársela a nuestros amigos, porque rebosa tanto encanto, tanta vida, y algo que se acerca mucho a la sabiduría, que siempre habrá lectores que la abrirán y que se darán cuenta al instante de que este libro es para ellos. Cada vez que lo leo acabo desternillándome al leer frases que desearía haber escrito: «En general formaban un corrillo bastante alborotado; casi todos ellos eran tan fervientemente individualistas que resultaban prácticamente intercambiables». «Es sorprendente lo acertadas que pueden ser tus suposiciones sobre una persona a la que no conoces; son sólo las personas a las que sí conoces las que te confunden.» «A los actores siempre les preguntan que cómo soportan repetir lo mismo noche tras noche, pero está claro lo que hay que responder: eso lo hacemos todos en cualquier caso, así que, por lo menos, que te paguen por ello.» Para mí está a la altura de *Cakes and Ale*, *Scoop*, *La suerte de Jim* y *A Time to Be Born*, de Dawn Powell, un cuarteto de obras de entretenimiento, livianas como un soufflé, que seguirán procurando placer mucho después que las Novelas Serias del siglo xx se hayan sumido en el más absoluto de los olvidos. Para una escritora de literatura femenina, no está nada mal.

— TERRY TEACHOUT

TE QUIERO VERDE

PRIMERA PARTE

«Le presento a la señorita Gorce; es embalsamadora.»
JAMES THURBER, *Men, Women and Dogs*

UNO

ESTÁBAMOS EN UNO de esos días de septiembre calurosos, tranquilos, optimistas. Recuerdo que eran más o menos las once de la mañana, y que yo paseaba por el boulevard St. Michel mientras las ideas me salían de la cabeza como volutas de humo, cuando de pronto oí una voz que me gritaba:

–¡Sally Jay Gorce! ¡Pero bueno! Dios mío, ¿eres tú de verdad, la Sally Jay Gorce que yo conozco?

Noté que una mano me desordenaba el cabello y me di la vuelta; me enfadó mucho que me hubieran sacado de mi ensimismamiento con tanta brusquedad.

Y delante de mí me encontré, luciendo el atuendo que, según reconocí inmediatamente, era el uniforme imperante en aquella época en la margen izquierda del Sena (una camisa de lana oscura y unos viejos pantalones militares de color caqui), nada menos que a mi viejo amigo Larry Keevil, que me escudriñaba con cierta inquietud.

Lo saludé y le aclaré que me había dado un susto, para disimular la expresión de mal genio que seguramente se me había quedado en el rostro, pero él siguió mirándome como embobado.

–¿Qué *ha* sido de tu vida desde... desde... cuándo demonios *fue* la última vez que te vi? –me preguntó al fin.

Curiosamente, yo la recordaba a la perfección.

–Fue una semana después de mi llegada. A mediados de junio.

Siguió contemplándome, o más bien siguió examinándome con ese aire de sorpresa; después meneó la cabeza y dijo:

–Caramba, Gorce, ¿sólo han pasado tres meses? –Esbozó una sonrisa–. Parece que estás sacándole todo el jugo a esto, ¿no?

Eso era más o menos lo que yo había estado pensando, aunque estuve a punto de responder: «¿A qué le estoy sacando el jugo?», así como con mucha inocencia, para que él me dijera lo distinta que estaba, cuánto había cambiado y todo eso, pero algo me indujo a cerrar la boca. Supe que prefería morirme a escuchar su respuesta.

Así que repliqué: «Bueno, como todo el mundo, ¿no?», que era la frase que siempre soltaba cuando no se me ocurría qué decir. Se produjo una pausa y luego quiso saber cómo estaba y yo dije que bien, y que cómo estaba *él*, y también dijo que bien, y le pregunté en qué andaba metido, y repuso que era una historia demasiado larga.

Entonces ambos nos dimos cuenta de que estábamos justo enfrente del café Dupont, el que queda cerca de la Sorbona.

–¿Nos tomamos un aperitivo rápido? –oí que me preguntaba, aunque no era estrictamente necesario, pues yo ya estaba cruzando la calle en esa dirección.

El café estaba abarrotado; el único lugar que pudimos encontrar se hallaba al borde mismo de la acera. Conseguimos a duras penas apretujarnos bajo la sombra del toldo. Un camarero se acercó y nos atendió. Larry se recostó, acercándose así a los murmullos, al rumor y a la algarabía, y esbozó una sonrisa perezosa. De repente, sin saber por qué, advertí que me alegraba mucho haberme topado con él. Y eso era extraño, porque se supone que, cuando dos norteamericanos se reencuentran al cabo de cierto tiempo en un país extranjero, deben trepar a la farola más cercana y esperar temblando a que pase la tempestad. Sobre todo yo. Al llegar me había prometido no *dirigirle la palabra* a nadie a quien conociera de antes. Pero ahí estábamos, dos norteamericanos que prácticamente llevaban años sin verse; él era alguien «de mi pasado» que me conocía de *toda la vida*, por decirlo de algún modo, pero en vez de internarme en los

arbustos como un rinoceronte asustado, toda la situación me parecía emocionantísima.

–Este sitio te gusta, ¿verdad? –me preguntó él, señalando el café con un movimiento de cabeza.

Tuve que reconocer que era la primera vez que entraba allí.

Él me dirigió una sonrisa burlona:

–Deberías venir más. Prácticamente es el único local de la margen izquierda que aún no ha sido invadido por los turistas. Es *auténtico* –declaró.

Auténtico, pensé... A saber qué quería decir con eso. Miré a los estudiantes de la Sorbona que se arremolinaban a nuestro alrededor; las mesas se combaban debido a los puñetazos y los codazos que les propinaban. Aquel tapiz panorámico parecía estar tejido con botas viejas, lana a cuadros y cabellos alborotados y enmarañados. No debe de haber nada comparable a un café de estudiantes franceses a última hora de la mañana. Resultaría imposible reproducir la misma aglomeración, el mismo ruido y la misma intensidad sin provocar también una algarada. Nunca había estado en un café tan variopinto. Lo de *variopinto* lo digo en sentido literal, porque había grupos especialmente nutridos de estudiantes cingaleses, árabes y africanos, así como otros procedentes de los países más diversos.

Supongo que, en este caso, la «autenticidad» de Larry se basaba en el carácter internacional de aquel lugar. Aunque es posible que todos los cafés cercanos a una universidad importante revistan ese auténtico ambiente internacional. En la mesa que nos quedaba más próxima había una joven de aspecto anodino y cabello rubio y lacio junto a una mujer de mediana edad, cabello gris y gafas. Llevaban un rato hablando apasionada pero quedamente en un idioma que ni siquiera pude *reconocer*.

Enseguida me di cuenta de que era cierto: me gustaba aquel lugar.

Apretujada por los cuatro costados, mientras esa enorme torre de Babel alcanzaba un paroxismo de frenesí a mi alrededor, me sentí segura, anónima y, sobre todo, agradecida de que nos fué-

mos a ahorrar las confesiones devastadoras y desgarradoras que la gente siempre te brindaba en cafés más anglófonos como el Flore.

Y, como ya he dicho, me alegraba mucho haberme topado con Larry.

Charlamos un poco de los distintos cafés; me contó cuáles se habían convertido en lugares frecuentados por turistas y cuáles no. Miré mi Pernod; para mi sorpresa, descubrí que ya me lo había terminado. El tiempo pasaba que daba gusto.

Estaba emocionadísima.

–Eso que bebes es como humo blanco –dijo Larry mientras chasqueaba la lengua con gesto censor cuando pedí mi segundo Pernod. Acarició el tallo de su virtuosa copa de St. Raphael–. Como pidas más –declaró, dando un golpecito a mi copa– vas a acabar perdiendo la cabeza, cosa que a lo mejor no resulta tan mala. ¿Por qué lo llevas de color rosa? –inquirió mientras estudiaba con atención mi nuevo peinado–. ¿Por qué no te lo has puesto verde?

En realidad me había teñido el pelo de un maravilloso tono pelirrojo claro que esa temporada causaba furor entre las fulanas parisiñas. Era la primera observación directa que realizaba sobre mi Nueva Personalidad y no resultaba especialmente alentadora.

Poco a poco apartó la vista de mi cabello y la fue bajando. Entonces sí que vio mi atuendo y adoptó esa Mirada que siempre me acabo encontrando: esa mirada especial, compuesta a partes iguales de regocijo, perplejidad y horror, se apoderó de su rostro.

No soy idiota y normalmente soy capaz de adivinar el origen de ese gesto. El problema es que cada vez se debe a algo distinto.

Incómoda, me retorcí en el asiento al notar que sus ojos se posaban en mis hombros desnudos y en mis pechos.

–¿Se puede saber qué diablos haces con un vestido *de noche* a mediodía? –me preguntó al fin.

–Ay, lo siento –me disculpé–, es que no me queda más ropa. Todavía no me han traído la que llevé al tinte.

Él movió la cabeza fascinado.

–He pensado que si lo combinaba con este cinturón de cuero rojo nadie se daría cuenta. Además, con el calor que hace hoy...

¡Anda que no te ponen difícil llevar la ropa a las *teintureries*, con eso de que cierran de doce a tres! ¡Si es el único momento del día en que estoy despierta! ¿A que sí?

–Claro, *claro* –respondió Larry, musitando también un «Dios mío» para sus adentros. Luego sonrió con magnanimidad–. Bueno, Gorce, eres joven y acabas de llegar: ya aprenderás. –Mostró una expresión de sabiduría–. Ya sé a qué categoría perteneces.

–¿Categoría? –me asombré–. ¿Categoría de qué?

–De turista, de qué va a ser.

Me quedé sin aliento, pero después sonreí malévolamente. Conque turista, ¿eh? ¡Ja, ja! Eso era lo último de lo que se me podía tildar. ¡Ya se enteraría!

–Dame más detalles –le pedí–. Parece que lo sabes todo sobre las turistas.

Cruzó las piernas y se sacó del bolsillo de la camisa una cajetilla de cigarrillos que no podían ser más *du pays*, una especie de Gauloises negros; me ofreció uno, él cogió otro, encendió ambos y se recostó complacido. Resultaba evidente que aquel era uno de sus temas favoritos.

–La turista puede dividirse en dos categorías básicas –comenzó–: la Organizada y la Desorganizada. Dentro de la Organizada encontramos dos clases distintas: primero, la entusiasta fanática de la cultura que viaja con una lista de diez metros y que consigue, *por los pelos*, tacharla entera antes de sufrir un colapso por indigestión estética cada noche, y que necesita ayuda para volver al hotel; la segunda es la chica sofisticada, fina y elegante, que va por ahí con una pose grácil, tranquila e indiferente. Pero esa indiferencia no debe confundirnos. Dicha joven alberga el firme propósito de observar unos niveles incorruptibles de limpieza y eficiencia aunque todo el personal del hotel muera en el intento. Es de las que viajan con su propio papel higiénico. Se llena las maletas de medias de nailon, pañuelos de papel, escamas de jabón y botes de DDT. Aprende de inmediato las costumbres del país. (Me refiero al horario de apertura de las tiendas y cuánta propina hay que dejar al camarero.) Es capaz de meter todo lo necesario para un fin de semana

en un pequeño joyero y un bolso grande, y aún le queda espacio para llevarse su propio jabón y una manopla de baño. Encuentra a un peluquero que habla inglés, un restaurante en el que saben cómo le gusta el filete; la primera palabra extranjera cuya correcta pronunciación se cerciora de dominar es «farmacia». Después de eso ya lo tiene todo controlado y se dedica a contemplar las cosas con cierta condescendencia. En general, las chicas así me caen bastante bien.

Hasta ahora el tema no pinta mal, me dije. Ni una ni otra guardaban el menor, el más leve, el más remoto vínculo conmigo. Pero de pronto me acordé de algo:

–¿Y la Desorganizada? –pregunté con bastante nerviosismo.

–¿La Desorganizada? –Me estudió atentamente durante un instante, entornando los párpados–. Se te ha apagado el cigarrillo –me avisó al fin–. Éstos hay que *fumárselos*, no se fuman solos. –Me lo volvió a encender y sopló la cerilla sin apartar la mirada ni un segundo de mi vestido escotado, que se me había quedado descolocadísimo. Me lo puse bien de un tirón y él prosiguió su discurso:

–Sí, la Desorganizada. Esta categoría también se divide en dos grupos. Primero tenemos a la Taimada. Pretende ver Europa de manera informal, más bien imprecisa, por el rabillo del ojo. Rechaza de inmediato todas las guías Baedeker y Michelin y los catálogos de los museos, pues los considera demasiado aburridos y demasiado cursis. Además, ¿a quién le interesa un montón de pedruscos? Lo que ella busca es el «ambiente» general del país. Hasta le cuesta consultar un mapa de la ciudad en la que se encuentra para saber dónde diablos está, cosa que por otro lado no sirve de nada, puesto que este grupo es intrínsecamente incapaz de leer un mapa y además carece de sentido de la orientación. Como ya he dicho, es una joven taimada, de ésas que dicen: «Ay, mira, eso de ahí es el Louvre, ¿verdad? Voy a entrar un segundito. Hace tanto calor... Además, nos convendría protegernos del sol»; o también: «¿Las Tullerías, has dicho? Me suenan de algo. ¡Qué bonitas son esas flores de ahí! Creo recordar que esto estaba relacionado con... ¿con qué era? ¿Con la Revolución Francesa? Ah, sí, *claro*, eso era. Gracias, cielo».

Solté una carcajada –una rotunda carcajada– para que viera que lo estaba escuchando.

–Lo más curioso de la Taimada –prosiguió–, es que si rascas un poco, por debajo te encuentras a la *auténtica* fanática, y lo que empieza con un «Dios mío, nunca recuerdo si el románico venía *antes* o *después* del gótico», acaba desembocando en lecturas secretas de folletos y en contemplaciones de vidrieras, y culmina con encendidas discusiones estéticas sobre el valor relativo de las dos torres de Chartres. Después de eso, toda contención se va a tomar viento fresco y cualquier cosa un poco *vieja* se recibe con gemidos animales de angustia inspirados por su belleza. En la última etapa empiezan a aparecer alrededor de esta muchacha unas exigentes listitas, en las que sólo se incluye, faltaría más, lo bueno, lo puro, lo que realmente merece la pena.

Larry hizo una pausa, dio un exigente sorbito a su St. Raphael y unas satisfechas caladas al cigarrillo.

Apuré lo que me quedaba del Pernod, crucé los brazos seductoramente encima de la mesa pegajosa y también di una calada a mi pitillo francés. No hace falta decirlo: se me había apagado. Se lo oculté a Larry, pero no lo había visto. Estaba ensimismado.

Recordé con gran vergüenza una noche, bastante reciente, en la que me había enamorado súbitamente de la Place de Furstenberg iluminada por la luna. Incluso había... cielo santo, *incluso* había besado una de las piedras de la fuente, según recordé; me había descalzado y había ejecutado un enloquecido baile de borracha.

El sol de septiembre pegaba con fuerza y el segundo Pernod empezaba a producirme un agradable efecto soporífero. Un par de árabes ambulantes se nos acercaron e intentaron vendernos sin mucha convicción unas joyas de plata y unas alfombras. Al cabo de un rato se marcharon y desaparecieron. Empecé a estudiar a Larry con atención. Ese cabello de color castaño rojizo, enmarañado y lleno de rizos; esos ojos de un gris verdoso, ahora tan inexpresivos y perdidos; esa delicada cicatriz que le recorría la piel pálida de la frente; esa nariz bien formada y cubierta por una fina capa de pecas; esa boca tan delicadamente sinuosa: todo aquello contribuía a conferir